

La ermita de Santiago en Alkiza, Guipúzcoa

RAMÓN AYERZA

Arquitecto, profesor en la UPV/EHU

Resumen:

La ermita de Santiago, hoy adscrita al servicio del cementerio de Alkiza, conserva huellas que indican una notable antigüedad. Las fábricas en ella conservadas configuran un interior ordenado y leñoso, coherente con modelos habituales en Gipuzkoa en el siglo XVI.

Su advocación santiagouista la sitúa dentro de la red de caminos medievales que recorrían la Provincia hacia Vitoria y, desde allí, a Compostela.

La ermita ha recorrido su historia acumulando bienes muebles y decoraciones pintorescas e interesantes, tendencia recientemente contradicha por obras impropias, obedientes a afanes de pureza, pero ejecutadas por manos mal informadas. Afortunadamente, ese riesgo parece, de momento, conjurado.

Palabras clave: Camino de Santiago. Ermita tardomedieval. Construcción lígnea.

Laburpena:

Alkizako hilerriari atxikia dagoen Santiago basilizak, antzinatasunez beteriko arrastoak ditu. Barrualdean, era txukunean eraikitako barne dotore eta egurrez egindakoa, bat dator XVI. mendean Gipuzkoan ohikoa zen ereduarekin.

Donejakue izenak berak, erdi aroan Gipuzkoa zeharkatuz, Konpostelako bidean, Gasteizerantz zihoan sare barnean kokatzen du.

Baselizak bere baitan metatuak ditu altzarizko ondasun eta apaindura bitxi eta interesgarriak, nahiz joera hori azken garaian desitxuratu egin zen langile ezjakinen eraginez, borondate onez eta hobe ustetan eginak izan arren. Zorionez, gaur egun, arrisku mota hori urrundu delakoan gaude.

Hitz gakoak: Donejakue bidea. Goi erdi aroko baseliza. Egurrezko eraikuntza.

Summary:

The Hermitage of Santiago, today attached to the cemetery of Alkiza, preserves signs which indicate that it is extremely old. The structures preserved in its interior show an ordered and woody aspect, in line with typical models in Gipuzkoa in the 16th century.

Its dedication to Saint James situates it in the network of medieval paths which crossed the province to Vitoria and, from there, to Compostela.

The Hermitage has accumulated some picturesque and interesting pieces of furniture and decorations throughout its history, a tendency which has recently been contradicted by inappropriate works due to a desire for purity but carried out by uninformed parties. Fortunately, at the moment, this risk appears to have been staved off.

Key words: Saint James' Way. Late medieval hermitage. Construction line.

1. Presentación

El año de 2010 José María Aycart se fue de entre nosotros, discreta y elegantemente, como solía, dejándonos con su entrañable recuerdo, ejemplo de amistad y modelo de comportamiento.

Su partida nos sorprendió colaborando en una de aquellas defensas ante reclamaciones por responsabilidades profesionales que nos pusieron primero en contacto y, al poco, en amistad.

Considerada la naturaleza de muchas de nuestras entrevistas, aliviábamos el peso de la conversación contándonos, de paso, cosas alejadas de aquellas pequeñas miserias; a ser posible, sin contacto con ellas. Ahí tenían plena entrada, e incluso florecían, los temas relacionados con la cultura.

En esas circunstancias, y con esa intención, comenté con José María, ya desde comienzos de año, mis primeros pasos en el estudio que había iniciado

sobre la ermita de Santiago, en Alkiza, y mis reflexiones asociadas con el asunto, tan traído y llevado, del Camino de Santiago. No me va a ser posible, como hubiese sido mi deseo, contarle las conclusiones a las que estoy llegando, de modo que me ha parecido oportuno, y adecuado, utilizarlas para este amistoso homenaje¹.

No soy historiador, sólo arquitecto y, además, forense. Para la investigación que sigue he utilizado los métodos propios del perito judicial, que tan bien conocía José María. Estos métodos son esencialmente muy sencillos, pero exigen, a cambio, objetividad, la honesta consideración de todos los datos disponibles y un serio compromiso con lo que el perito vaya entendiendo como verdad. No he pretendido, en esta ocasión, hacer otra cosa. Las líneas que siguen tratan de resumir, en términos también objetivos, los caminos seguidos y los resultados obtenidos.

2. El lugar

Alkiza es una aldea emplazada a media ladera (340 m) sobre un resalto de la falda oriental del monte Ernio (1.075 m). En los valles de la costa atlántica, estas aldeas a media ladera representan el primer y más difundido modelo histórico de poblamiento rural. En la Baja Edad Media, serían modestísimas agrupaciones de chozas dispersas que se nuclearían en torno del templo parroquial que las identificaría. Sabemos todavía muy poco de la composición, forma y disposición de aquellas aldeas, pero las excavaciones que comienzan a hacerse están sacando a la luz agrupaciones de chozas de planta circular con cubiertas de ramaje probablemente cónicas y cubiertas con palloza o helechos. La población, básicamente dispersa, se reuniría para atender a las cuestiones de interés común en torno a sus edificios significativos, los templos, que oficiaban de lugares de culto, salas de reunión, equipamiento comunitario y como ya hemos señalado, hasta de hito identificativo. Este tipo de agrupamientos ha recibido el nombre de aldeas, colaciones o anteiglesias. Son, en todos los casos, comunidades aldeanas de viviendas familiares independientes entre sí, dispuestas en enjambre en un radio de apenas un kilómetro. Se estima que fueron más de quinientos los núcleos históricos de estas características, tan solo entre Bizkaia, Gipuzkoa y los valles septentrionales de Araba.

(1) Este artículo se redactó para incorporarlo en el tomo que la RSBAP preparaba en recuerdo de José M^a Aycart. Y se remitió dentro del plazo acordado para ello. Luego, casualidades e infortunios se conjuraron para descarrilar aquel deseo, impidiendo su inclusión en aquel homenaje. La presente publicación trata de paliar la falta a aquella cita.

Se da por supuesto que la fundación de las primeras aldeas fue el resultado de la sedentarización de la población que se produjo con la adopción de la agricultura como medio de subsistencia. De ahí la datación altomedieval para este tipo de asentamientos. Hasta aquel momento, la población de aquellas tierras había basado su sustento (y eventual riqueza) en sus rebaños. La ganadería configura un modo de vida nómada, obligada a constantes desplazamientos en pos de los mejores pastos. La agricultura, por el contrario, requiere de trabajos y cuidados reiterados en las áreas de cultivo. La lógica económica imponía localizar los cultivos en las vegas de los ríos, donde se acumulaban las tierras más fértiles y mejor irrigadas; la ganadería, en cambio, requería de espacios libres y pastos frescos, como los de las cumbres del accidentado relieve guipuzcoano. Atender a ambas fuentes de subsistencia condujo a los pobladores de la *Tierra de los Ipu* a emplazar sus primeros asentamientos a media ladera, equidistantes de sus cultivos en los valles y de sus rebaños en las cumbres.



Vista general de Alkiza con la ermita de Santiago en primer término. Más lejos, dominando la población desde su alta estatura, la iglesia parroquial de San Martín. Entre ambas, las casas seriadas dan testimonio de la llegada de la globalización hasta estos enclaves. Al fondo, las estribaciones del Ernio.

Dentro de la red de sendas medievales, el enclave de Alkiza respondía a la logística del momento, como se desprende de su fácil comunicación (a pie) con enclaves tan importantes como los señalados por las ermitas de San Juan de Iturrioz y, más al oeste, San Isidro de Erdoizta.

Con el paso del tiempo y el desarrollo de la economía comercial e industrial, se evidenció la escasa capacidad de las poblaciones a media ladera para adaptarse a aquella evolución de los acontecimientos, inadecuación que pagaron con la merma de su población. Alkiza ha perdido a lo largo del siglo XX la mitad de la suya.

No todo es bueno en la evolución de los tiempos. Los modelos de desarrollo practicados a partir del primer tercio del siglo veinte se han acreditado voraces, desordenados y ciegos a cualquier otra cosa que no fuese el dinero. Por tal motivo, el atractivo plástico y ambiental de estas poblaciones mantenidas, quizá muy a su pesar, al margen de aquel desarrollo no ha dejado de aumentar. La motorización de sus pobladores y el progreso de las obras públicas han vencido su mayor inconveniente, y también principal defensa: su laborioso acceso. Así desprotegidas, las poblaciones a media ladera están sucumbiendo a la *globalización*, como lo prueban las pintorescas edificaciones seriadadas que, aparentemente incontenibles, comienzan a colonizarlas.

3. Historia

Aunque todos los indicios señalan en Alkiza una fundación muy temprana, los primeros documentos que hacen referencia a ella son francamente tardíos. De acuerdo con los datos suministrados por D. Luis Murugarren Zamora², la primera noticia histórica documentada relativa a su templo parroquial data de una visita pastoral de 1350, fecha en la que con toda probabilidad sería todavía un templo de estructura lúnea pero quizá ya dotado de una hermosa portada gótica.

En tiempos de incertidumbre, alarmada ante el cariz que tomaba la Guerra de los Parientes Mayores, la colación de Alkiza, en unión de Asteasu y Aduna, se agregó voluntariamente al vecinamiento de Tolosa por escritura de concordia firmada el 23 de marzo de 1386. De esta manera, las aldeas se ponían bajo la protección legal y armada de la villa, a cuyos gastos se comprometían a contribuir proporcionalmente. De acuerdo con las cláusulas del

(2) MURUGARREN ZAMORA, Luis: "Relación de puntos religiosos de Guipúzcoa". RSBAP, *Boletín* año XXVIII, San Sebastián, 1972.

pacto, como solía ser costumbre, cada término se reservaba la administración de sus tierras comunales y el aprovechamiento de sus propios y rentas.

Alkiza no alcanzaría la plena administración municipal hasta el 21 de Enero de 1731, cuando el rey Felipe V le vendió la merced de villazgo, por privilegio despachado en Sevilla, contra pago de 15.760'50 pesetas³. La corona estaba acribillada de deudas, tenía que pagar sus muchas guerras y trataba de mejorar el nivel de sus arcas vendiendo a colectividades ansiosas de independencias mercedes de utilidad incierta, pero que nada le costaban.



Vista interior de la ermita de Santiago de Alkiza en la actualidad (agosto de 2010).

Sabemos de la ermita de Santiago por la visita pastoral del 22 de octubre 1753 cuando, estando en la aldea el representante episcopal, tomó medidas en relación con su *serora*, cuyo nombramiento, al parecer, no era muy legítimo. En la posterior visita del 22 de junio de 1771, el representante de Pamplona,

(3) CARRERAS, Candi y Serapio MÚGICA: *Geografía General del País Vasco*, Tomo de Guipúzcoa.

apreciando su “indecente estado” prohibió la celebración de misas en el interior de la “Basilica de Santiago” hasta tanto se arreglase⁴.

Se puede deducir de estos documentos que para aquellas fechas la ermita no sólo ya existía, sino que era ya vieja y que el fervor de la feligresía por su advocación había disminuido lo suficiente como para que se hallase en tan lamentable estado. También que era muy modesta pero que mantenía algún culto, pues, aunque carecía de sacerdote a su cargo, disponía de sacristana (*serora*) titular.

4. La advocación

La advocación de Santiago es típicamente bajomedieval, y se da, sobre todo, en hitos pertenecientes o relacionados de alguna manera con el Camino de Santiago. La peregrinación se proyectó en el siglo IX, y sus primeros usuarios registrados son ya del X, pero su momento de gloria fueron los siglos XI y XII, decayendo a continuación hasta el siglo XVI. De acuerdo con estas estimaciones, y teniendo en cuenta que primero se atienden las necesidades más perentorias, en este caso la construcción del templo parroquial, la mayor probabilidad para la fundación de una capilla santiagouista en una aldea guipuzcoana se concentraría en la primera mitad del siglo XIV.

Aquel primer oratorio apenas sería algo más que una choza grande. Luego, con la etapa de prosperidad que siguió a la derrota de los Parientes Mayores, la ermita se reharía ya al gusto del momento.

A lo largo de la etapa que media entre los siglos IX y XVI, el Camino de Santiago ha sido muchas cosas, todas importantes. En el momento de su institución, fue el vínculo de unión de una Hispania fragmentada, postvisigótica y sometida al Emirato de Córdoba con los emergentes centros de poder centroeuropeos; el Imperio Carolingio primero y el Otoniano después. Fue también, y al mismo tiempo, la pista de aterrizaje para un “espíritu de cruzada” que impulsaría el combate contra el Islam hasta su expulsión definitiva de la Península. Notemos, de paso, que ese “espíritu de cruzada” construido y promovido por la Europa medieval ha dejado luego muy significativas huellas en una forma de ser peninsular.

El Camino tenía muchos ramales y aun más puntos de partida. Uno de ellos se iniciaba en Roma para pasar luego por Cluny. Roma elaboró el código

(4) AGUIRRE SORONDO, Antxón y LIZARRALDE ELBERDIN, Koldo: *Ermitas de Gipuzkoa*, Fundación José Miguel de Barandiarán, Ataun 2000.

salvífico contenido en la Reforma Gregoriana, cuya promoción (e imposición) confió al monacato benedictino cluniacense. También en este afán vehiculó el Camino los nuevos aires de la reforma religiosa, que confinaba en la desviación —y casi sumía en la herejía— al culto hispano y, ya de paso, a los usos sociales con él asociados, agrupados todos ellos bajo la denominación genérica de *mozarabismo*. La Reforma Gregoriana en cuanto a lo doctrinal y la Cruzada en cuanto a lo militar, estrangulaban aquella experiencia singular de convivencia por la que los pobladores de la Península sometidos a la férula musulmana vivían en paz conservando sus costumbres, su religión y su clero bajo la tolerante autoridad del Emir cordobés.

El Camino organizado desde Cluny y su priorato de Sahagún fue una vía de rápido acceso hasta la meseta castellana de los hallazgos culturales europeos, comenzando por el románico y luego el gótico. Al mismo tiempo, vehiculaba y generalizaba, como es natural, los temas propios de la propaganda de la Orden; en particular, la esforzada piedad caminera y los milagros a que ésta daba lugar a lo largo de su andadura. Alcanzados y hasta olvidados sus objetivos prioritarios antes mencionados, la sabiduría benedictina nunca desdeñó la esforzada práctica de la piedad itinerante que, con el paso del tiempo, ha quedado al cabo como la principal imagen de la devoción compostelana.

El éxito de la peregrinación a Santiago también se ha afianzado, sobre todo últimamente, por las consecuencias salutíferas, inicialmente imprevistas, pero pronto constatadas, de su práctica. No es raro encontrar, en estos tiempos de creciente laicismo, entusiastas “amigos del Camino”, muy alejados de cualquier tentación espiritual, que afirman su afición peregrina “por lo bien que les sienta”.

La adecuada consideración del Camino de Santiago y las dedicaciones que generó a su paso requiere tener en cuenta todos estos aspectos, referidos claro está a sus momentos históricos respectivos. La incorporación de las tierras de Guipúzcoa a la peregrinación fue relativamente tardía. Al principio, al menos hasta el siglo XII, fue incluso desaconsejada por los denuestos proferidos por Aymeric Picaud en su “Guía del peregrino”:

“Este es pueblo bárbaro, diferente de los demás en costumbres y modo de ser, colmado de maldades, de color negro, de aspecto innoble, depravado, perversos, pérfidos, desleales, lujurioso, borracho, agresivo, feroz, salvaje, malvado y réprobo, impío y rudo, cruel y pendenciero, falto de cualquier virtud y diestro en todos los vicios e iniquidades; parecido en maldad a los Getas (hunos) y sarracenos, y completo enemigo de nuestro pueblo galo. Por una miserable moneda mata, si puede, un navarro o un vasco, a un francés. En algunas de sus comarcas, por ejemplo en Vizcaya

y Álava, el hombre y la mujer navarros se muestran sus partes uno al otro mientras se calientan. Además, también usan los navarros de las bestias en impuros fornicios. Y cuentan que el navarro cuelga un candado en las ancas de su mula y de su yegua, para que nadie sino él mismo se le acerque. También besa lujuriosamente el sexo de su mujer y de su mula. Por todo lo cual, los navarros han de ser censurados por los discretos.”

Los párrafos dedicados a las tierras pobladas por vascos contienen las frases más duras de toda la Guía, y su autor adornó la faena aportando detalles de un conocimiento directo del país y sus habitantes. Sin embargo, la descalificación es tan excesiva que no puede tomarse en serio. ¿A qué viene, pues, tanto y tan radical rechazo? Algo tiene que haber, sin duda. Quizá no esté de más tener presente el pésimo recuerdo que dejó en las mentalidades europeas la derrota de Carlomagno en Roncesvalles, acto de represalia visceral a una agresión igualmente irracional, y cuyas consecuencias fueron largas y drásticas. Carlos había acudido a la cabeza de un gran ejército ante las murallas de Zaragoza, mal aconsejado por el moro Solimán ben Alarabi o por el franco Ganelón, según versiones, y fracasó porque las cosas distaban mucho de estar como le habían dicho. Irritado, desmanteló a su vuelta las defensas de Pamplona, que nada le había hecho. Vindicativos, los navarros le calentaron la retaguardia cuando cruzó por Roncesvalles de vuelta a sus dominios. La propaganda cristiana hizo luego que en el cantar de gesta que airea aquellos acontecimientos, los emboscados asaltantes fuesen agarenos, habrá que suponer que para no alimentar rencillas contra otros cristianos, pero los que estaban en el conocimiento de los hechos bien sabían que habían sido los vascos y navarros de Pamplona. La afrenta aún le debía escocer al monje poitevino cuando, tres siglos y medio después de aquellos acontecimientos, escribía tales enormidades sobre los decididos pobladores de aquel tramo del Camino.

Al poco de formulados estos denuestos, y habida cuenta de su estratégica posición, el Camino se enseñoreó de las sendas guipuzcoanas. La ruta mejor documentada es la costera, tanto marítima de cabotaje como caminera siguiendo la vía romana costera. Pero, como ahora veremos, también recurrió a sendas montaÑeras del interior, para entonces ya avaladas por la frecuentación de ganaderos y comerciantes.

Hay que buscar, en este contexto, la significación de una ermita dedicada a Santiago en Alkiza. La explicación más razonable la da su eventual emplazamiento al borde de un ramal peatonal del Camino. Santiagomendi, en Astigarraga, con su homónima ermita, constituye el hito santiagouista más estudiado de la Provincia. Astigarraga se halla en el itinerario del Camino Real, que del vado de Behobia pasaba por ventas de Irun, Gurutze, Oiartzun

y Hernani para seguir luego por Urnieta hasta la colación de Andoain, en la vega del Oria. Todo ese paisaje se domina desde la ermita de Alkiza. De allí, por Iturriotz y Erdoizta, se puede pasar por los términos de Azpeitia y Azkoitia hasta Bergara, en cuyo barrio de Basalgo, siempre a media ladera, hay otra ermita de Santiago. Desde allí, se puede llegar hasta las altas y frías tierras alavesas pasando por Mondragón y Salinas, también ambas provistas de sendas ermitas dedicadas al santo matamoros.



Vista interior de la ermita de Santiago de Alkiza hacia los pies. A la derecha, la puerta de acceso a la sacristía y, junto a ella, el aguabenditera con la cruz patada. En el centro de la imagen, la cercha central hoy apuntalada con dos postecillos, y, al fondo, lo que queda del coro, también precariamente apeado.

5. Descripción de la ermita de Santiago

La ermita se emplaza en el extremo oriental del reducido casco de la población, señalando allí su límite, al borde del antiguo camino que descendía hasta Zizurkil y, de allí, a Aduna o Villabona, ambas en la vega del Oria.

Consiste en un modesto edificio de planta rectangular con muros exteriores de mampostería que tiene adosado junto a su esquina nordeste un volumen

auxiliar dedicado a sacristía. Todo el conjunto se cubre con un tejado a dos aguas cuya cumbreira coincide con el eje del templo. El faldón orientado a este se prolonga sobre la sacristía, incluyéndola bajo la cubierta.

La estructura interior es enteramente leñosa, y se compone de dos pórticos perpiaños sobre los que se apoyan la cumbreira y cuatro correas que limitan entre sí cuatro crujías de idéntica luz.

El interior conserva restos de un coro de madera a media altura, hoy circunscrito al tramo de los pies, pero que, todavía hace dieciséis años, cuando Antxón Aguirre lo visitó, conservaba el ala avanzante oeste. Es de suponer que el esquema original fuese, como en tantos otros templos guipuzcoanos, en “U”, con sendas alas sobremontando a media altura los ámbitos correspondientes a las naves laterales, ocupando así las crujías extremas del segundo tramo.

La mutilación constatada en 1994 afecta, sorprendentemente, a una sola de las alas avanzantes del coro a media altura. Esta singularidad podría obedecer a los cambios operados cuando la puerta de acceso se trasladó de emplazamiento, de la fachada meridional a la oriental. No sería sorprendente que, en su nuevo emplazamiento, entrase en colisión con la presencia a media altura del coro, todo ello en un espacio ciertamente muy restringido.

La sacristía se cierra con fábrica de mampostería de lajas, manteniendo unas piezas esquineras muy parecidas a las del templo. Su construcción obligó a cegar una ventana del muro este, cuyo aparejo se ve en el muro desprovisto de lucido en el interior de las naves. De ambas observaciones se deduce que pasó algún tiempo entre ambas construcciones, siendo posterior la de la sacristía.



La Santísima Trinidad presidiendo los restos del retablo barroco. Detrás de Dios Padre, el arranque de los tablones que formaban el “zeru” entarimado en arco escarzano sobre el presbiterio, pintado, como aun se puede ver, de azul cielo.

El retablo, de dimensiones proporcionadas al tamaño de la ermita, es un modelo de gracia y policromía. Tiene tres pisos y tres calles, como también tuvo la ermita tres naves y tres tramos. Ese tipo de coincidencias no suelen ser casuales. Situado bajo el retablo, el altar es un cajón de madera que forra el ara propiamente dicha, de piedra. Presenta en su frente una placa central adornada con una cruz trebolada entre dos pilastras acanaladas clásicas rematadas con series de cuatro botones, uno por estría. El primer piso del retablo constituye una predela cajeadada y apilastrada en cuyo centro hay una hornacina rematada en frontón curvilíneo interrumpido muy gracioso. El segundo piso, principal, tiene una hornacina central rematada en arco escarzano en el que sólo queda el paisaje de fondo, fantástico, con arquitecturas ideales abajo y estrellas refulgentes por arriba. Se destinaba a un crucifijo del que queda sólo la base de piedras del calvario. A cada lado de esta hornacina, una ancha pilastra con fondo cajeadado azul y peana dispuestas para albergar a tallas menores. Sobre la hornacina arquitectónica del primer piso, otra en el segundo, menos esbelta y formada por guirnaldas entre aletones, que enmarcaba una talla del Santo titular, con bonete y capa roja, que ya no está. Quizá se fuese en pos de su vocación peregrina. Las pilastras de todo el retablo van decoradas con guirnaldas floreadas. El conjunto conserva restos de pintura simulando mármol blanco vetado de gris, como el de Carrara, con cajeos azul lapislázuli y cárdeno de pórfido egipcio. Puestos a imitar, lo más caro.

Todo el retablo se presentaba, y aún presenta, respaldado en un marco entablado pintado con draperías simétricas con frente azul añil y vueltas rojas, como los terciopelos típicos de Borgoña. El resto de la cara interior del



Vista interior de la ermita de Santiago de Alkiza (enero de 1994). Imagen obtenida y cedida por Antxón Aguirre Sorondo.



Detalle del aguabenditera interior con su cruz patada.

muro septentrional estaba igualmente forrado con un entablado vertical que prolongaba lateralmente el fondo del retablo. Este entablado estaba pintado simulando una sillería almohadillada rehundida. Otra vez, puestos a simular, lo más caro. Todo el tramo norte del templo lindante con este entablado decorado, estaba cubierto por un “zeru” entarimado pintado, como es de rigor, de azul cielo. El resto de la capilla estaba también policromado, con un zócalo rojo, cenefas ocre y paños grises. Alegría.

Nada queda de todo aquello. Toda la decoración del edificio se ha perdido. Se han demolido los forros interiores de madera y picado, tanto por fuera como por dentro, los lucidos protectores y decorativos. Son los desastrosos resultados de una moda tan extendida como persistente,

hoy respaldada por la vindicación de lo rural sobre lo presuntamente culto, cabalmente ignorante de la historia y despreciativa de las buenas prácticas constructivas. Por ella no sólo se han dejado las fábricas canteriles sin su protección exterior, felizmente renovable *ad libitum*, sino que se han despojado los interiores de las decoraciones que les eran propias, sumiéndolos en un limbo expresivo, cuando no en las tinieblas de unas mamposterías que suelen ser grises y que nunca se pensaron para quedar vistas. En el caso de Alkiza esa desdichada manía se ha llevado por delante, a cambio de nada, una decoración que cubría todos sus paños interiores, por lo menos interesante, y que sólo conocemos por fotografías.

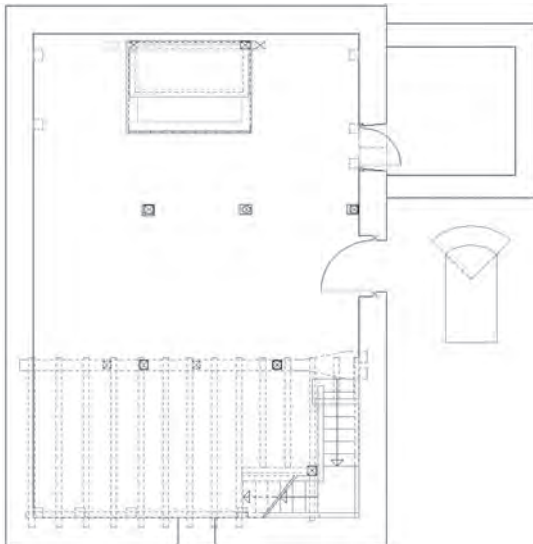
Todos los vanos de la ermita, en especial su puerta de acceso principal y la de comunicación entre la nave y la sacristía se disponen en los ejes de las piezas que sirven, evidenciando una contumaz voluntad de orden en su diseño.

La puerta de acceso a la ermita es muy sencilla, con jambas rectas sin resalto aparejadas en piezas esquineras cerradas por alto por un dintel monolítico curvo que simula un elegante arco escarzano.

La ermita carece de elementos de labra con tres únicas salvedades:

- La labra de las testas de los cabios de la cubierta, decoradas a golpes de azuela con un diseño tradicional que denominamos “en cabeza de lobo”.
- La aguabenditera exterior, a la derecha de la puerta de acceso, de fina piedra caliza local dorada, con vaso trilobulado y cruz central muy bien labrada, con mástil y brazos rematados en puntas de pica piramidales muy esbeltas.
- La aguabenditera interior, situada también a la derecha de la puerta de acceso a la sacristía y del lado del interior de las naves. Es una pieza muy sencilla, aunque no carente de prestancia, ejecutada en dos piezas. La inferior, de piedra arenisca, consiste en un vaso en forma de almirez rematado en su borde con una moldura compuesta de un borde redondeado seguido de un canto vivo, que lo mismo podría ser románico que gótico. La superior es un escudete cuadrado, también de arenisca, que lleva tallado, ocupando todo su frente, una cruz patada pintada de negro sobre fondo blanco. Es un símbolo de apariencia inequívocamente templaria. No sabemos qué hace allí, y convendrá ser prudentes con cualquier referencia a aquella orden militar, tan traída

y llevada por el sensacionalismo místico. Recordemos de todos modos que el Temple fue disuelto por el papa Clemente V, en el Concilio de Vienne, el 13 de marzo de 1312. Si la aguabenditera fuese templaria, debería ser anterior a aquella fecha.



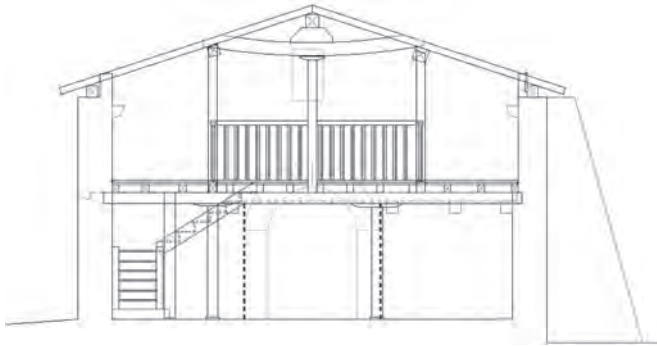
Planta actual de la ermita.

6. Aspectos constructivos de la ermita de Santiago

La ermita está construida a base de muros perimetrales de mampostería de piedra caliza local con aparejo de regular calidad y un espesor medio de unos sesenta centímetros. Aunque estas fábricas presentan discontinuidades y variaciones en el tamaño y disposición de los mampuestos, mantienen en todas partes su espesor medio y el carácter de mampostería de baja calidad y económica, con piezas de pequeño tamaño y recurriendo con frecuencia a esquistos por su facilidad de labra y aparejo.

Todos estos muros presentan a media altura una cesura que marca dos estratos diferenciables en sus aparejos, y que deben interpretarse como correspondientes a diferentes campañas constructivas.

En el extremo meridional del muro oeste se halla un contrafuerte, único en el conjunto edificado, de sillería muy ordinaria compuesta casi exclusivamente de lajas esquistas, aunque sabiamente aparejada. La llamativa diferencia de materiales señala también una fecha de edificación diferente a la del resto del muro.



Sección transversal actual de la ermita.

La puerta de acceso al templo se abre en el centro de la fachada orientada a este. Es una puerta muy sencilla con un vano de moderadas dimensiones que se cierra con un arco escarzano. Este arco escarzano está trazado mediante un dintel monolítico que describe esa forma. El dintel no parece labrado para tal intención. Dado que sus juntas extremas forman un ángulo muy próximo al recto, se podría suponer que fuese una de las dos dovelas de un arco apuntado

que cerraría la puerta de acceso de una configuración anterior, probablemente gótica o isabelina, pero esa explicación suscita más interrogantes que respuestas. Para empezar, el apuntamiento es tan moderado que el arco reconstruible a partir de la dovela casi sería de medio punto.

Las maneras medievales eran bastante rígidas en materia de composición de plantas y puertas. Convendría a aquellas maneras que la puerta apuntada se emplazase justo enfrente del altar, en el centro de la fachada meridional. Tal localización la relacionaría más directa y naturalmente con el camino que por allí pasaba hacia Zizurkil. El muro sur de la ermita presenta irregularidades en su aparejo que autorizan esa hipótesis. La inspección directa de su aparejo interior ha puesto de manifiesto la existencia de costurones verticales coherentes con la hipotética amplitud del vano. La altura del arco, apuntado o no, entraría en conflicto con el nivel del corito elevado, pero hay que recordar que éste se atribuye a una configuración posterior, ya renacentista.

También hay que tener en cuenta el contrafuerte construido junto a la esquina sur de la fachada occidental, único en toda la ermita. Consiste en un aparejo de lajas, de calidad parigual a la de los muros que cierran la sacristía. ¿Qué hace allí? ¿Cuándo fue construido y para qué? Desmontar una puerta relativamente grande en un muro pequeño pone a este último en riesgo. Si, como suponemos, se quitó de allí una puerta relativamente grande, es posible que se hiciese desmontado cautelarmente (o estrepitosamente) el muro sobre ella. Algo así se intuye en los cambios de aparejo que, con direcciones divergentes, recorren en “V” el conjunto de esa fachada meridional. La magnitud de la operación, unida a la escasa calidad del muro, bien pudieron provocar algún movimiento, lo que explicaría la presencia allí de un contrafuerte, para consolidar el resultado.

El antropólogo Antxón Aguirre Sorondo, en su muy meritorio catálogo de las ermitas de Guipúzcoa, aporta los siguientes datos:

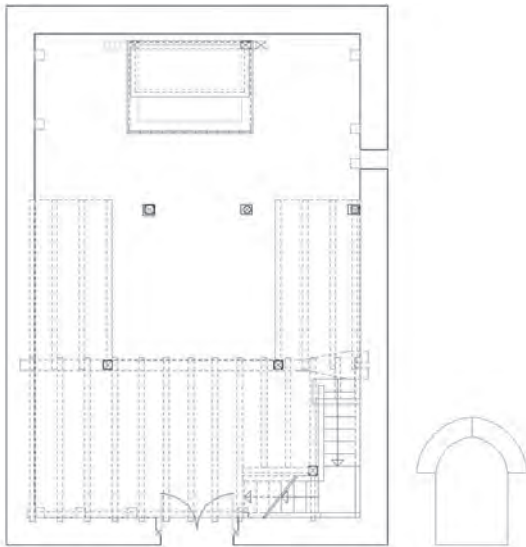
El año 1832 el Obispado de Pamplona autoriza a deshacer la Ermita de Santa Cruz, a la sazón casi derruida, y rehabilitar a su vez la de Santiago, que había permanecido cerrada durante medio siglo.

Se designó maestro pintor y dorador a Juan Bautista de Bengoechea, vecino de Anoeta. Durante estos trabajos se rehizo el altar y el techo embovedado, se puso pavimento de losas, enlucimiento de todas las paredes, nuevos bancos y coro para los cantores, habilitándose asimismo una sacristía pequeña, una nueva ventana grande con cristales y una campana. El presupuesto total sumaba 5.000 rs., pero las obras de acondicionamiento costaron 600 menos, pagados a mitades entre la parroquia y los vecinos.

Debió de ser entonces cuando la ermita adquirió la configuración que ha estado a punto de llegar hasta nuestros días, y que el propio investigador pudo contemplar en su visita del dieciséis de enero de mil novecientos noventa y cuatro, día de nieves, en el que tomó algunas fotos que, con la generosidad que le caracteriza, nos ha facilitado. Muy bonito, Alkiza nevado; más bonito aun, sin casas seriadas; pero, sobre todo, hermosísimo –aunque modesto– interior de la ermita, divertido, ingenuo, elegante, inteligente.

Suponemos que el retablo es anterior a aquella fecha, en la que se restauraría y repintaría, porque es a todas luces plena y luminosamente barroco, de un barroco que podía sobrevivir pero ya no concebirse en el oscuro siglo XIX. La pintura de las paredes es, en cambio, inequívocamente neoclásica y encaja muy bien con el entorno de la fecha de 1832.

Toda la estructura interior encerrada dentro de estos muros y la de los vuelos de la cubierta es de madera, aparentemente de roble, quizá con algo de castaño. La estructura de soporte interior apea sobre dos pórticos, de los cuales el que oficia hoy como extremo del coro, entre el tramo central y el meridional, conserva en líneas generales una disposición que bien puede conservar



Planta hipotética de la ermita en el siglo XVI.

desde el siglo XVI. En él, dos postes se apoyan en el suelo, apean a media altura la estructura del forjado bajo el coro y se prolongan hasta entregarse en una de las correas intermedias de los faldones de cubierta. El apoyo se cruza con una jácena en forma de yugo que apea en su centro la correa de cumbrera mediante un taco. Limpio, barato, sencillo y eficaz.

La otra pieza estructural perpiaña, situada entre el tramo central y el septentrional, es ya una cercha con un perfil que se corresponde con los piñones de los muros testers. Esta cercha responde a un modelo muy común en las estructuras locales que lo mismo puede ser del siglo XVI como del XIX, y cuya construcción parece ligada a la presencia de borde meridional del *zeru*.

Sobre estas cerchas apoyan perpendicularmente cinco correas, las extremas en forma de durmientes por coincidentes con las alineaciones interiores de los muros laterales, y la central como cumbrera. Equidistantes de durmientes y cumbrera se tienden las dos correas restantes, que definen cuatro crujiás de igual luz, correspondiendo dos de ellas a cada faldón.

Sobre la cumbrera, correas y durmientes apoyan los cabios, casi todos enterizos, con sus testas labradas en *cabeza de lobo*.

Todo el coro está en bastante mal estado, probablemente por la modestia de sus piezas constructivas y la incuria de su conservación. Este mal estado ha provocado anuncios de fracasos inminentes (la madera suele avisar) que se han tratado de paliar con reparaciones y apaños de circunstancia. El resultado final es que el conjunto llega a nuestros días bastante alterado en sus formas e intenciones compositivas.



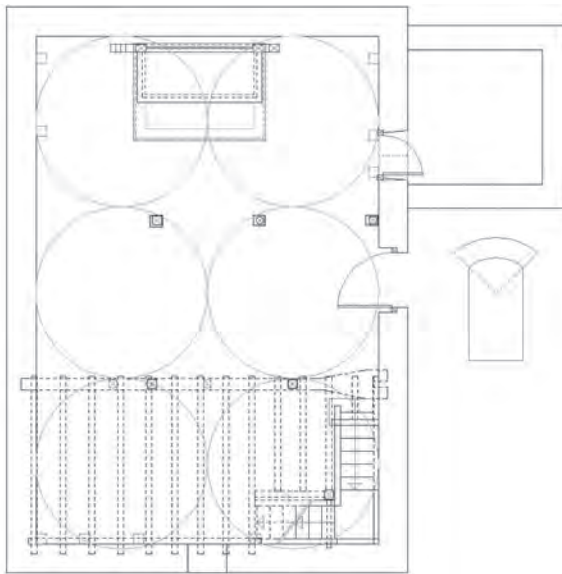
Sección transversal hipotética de la ermita en el siglo XVI.

El interior del templo se pavimenta con losas de piedra caliza local, excepto el área que antecede al altar y que forma una especie de espacio sacrificial a mitad de camino entre un presbiterio y el arranque de una vía sacra. En este espacio de privilegio el pavimento se ha confiado a baldosas de tierra cocida que, por su entidad, han sufrido mucho más que las de piedra. Este mismo pavimento cerámico cubre el suelo de la sacristía.

7. Análisis geométrico y proporcional de la ermita de Santiago

El conjunto del edificio es muy modesto, pero expresa una decidida voluntad de diseño, tanto por la claridad de sus proporciones como por la rigurosa disposición de sus vanos. Todo lo cual manifiesta la presencia de una traza bien meditada, luego ejecutada con sabiduría y un estricto control del gasto.

La geometría es el primer y más profundo lenguaje de la arquitectura. La ermita evidencia en la evolución de su traza un constante respeto por la más clara disposición de sus ámbitos y el rigor de sus proporciones. Todo ello evidencia la intervención de profesionales cultos y altamente cualifi-



Estudio de las proporciones en la planta de la ermita.

cados en la elaboración de sus trazas, a despecho de la evidente modestia de los medios puestos a su disposición. La ermita no es, de ninguna manera, el resultado de una reunión de vecinos trabajando en “auzolan” (trabajo comunitario de barrio).

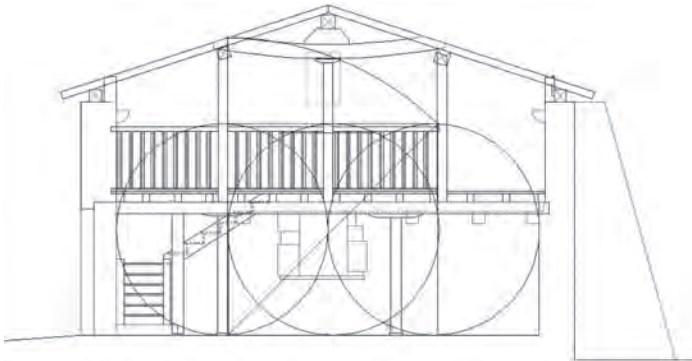
La ermita se compone de dos volúmenes, correspondientes a las naves y sacristía respectivamente.

El volumen de las naves consiste en un modesto edificio de cajón con una planta rectangular cuyas medidas interiores son de 10'40 m de largo por 7'10 m de ancho, y una altura de 3'92 m. desde el pavimento hasta el apoyo de las jácenas de la estructura de cubierta. Se cierra en todos sus frentes con muros con un espesor medio de unos sesenta centímetros.

Junto a su esquina nordeste tiene adosado un volumen auxiliar dedicado a sacristía, con planta estrictamente cuadrada de 3'50 m de lado y muros bastante parecidos a los del resto de la construcción.

El espacio interior del templo queda subdividido en tres tramos por los dos pórticos perpiños. Los tres tramos presentan la misma amplitud.

Las correas que apoyan sobre estos pórticos también están dispuestas de forma equidistante. De este modo delimitan, a su vez, cuatro crujías de la misma luz, dos para cada faldón.



Estudio de las proporciones en la sección transversal de la ermita.

Todo ello configura el siguiente cuadro de proporciones:

Pieza	Proporción		
Templo	En planta	sexquialtera	2/3
	En sección transversal	dupla	1/2
	En sección longitudinal	tripla	1/3
Sacristía	En planta	Identidad	1/1

Obsérvese que el volumen de la sacristía resulta casi cúbico.

Este templo participa de una peculiaridad observada igualmente en otros templos antiguos de la Provincia, contruidos con abundante recurso a la madera: Tienen pendientes de cubierta muy moderadas. Teniendo en cuenta que el empleo de tejas empezó a generalizarse a partir del siglo XVI, es posible que las fases anteriores de este edificio, que con toda probabilidad las tuvo, tuviesen que cubrirse con palloza o helechos. Estos dispositivos requieren, para funcionar satisfactoriamente, fuertes pendientes que inviten a las aguas precipitadas a escurrirse antes que infiltrarse. Las pendientes presentes en la ermita de Santiago no se adaptan a esa hipótesis aproximándose más bien a las habituales en la cubierta a dos aguas de un templo clásico greco-romano. En el caso de Alkiza, las pendientes son muy próximas a las del templo parroquial de Astigarreta, también de madera y del siglo XVI.

8. Hipótesis de etapas constructivas

La ermita de Santiago en Alkiza es un edificio compuesto por obras realizadas en momentos diferentes. Su advocación reclama una presunción de antigüedad muy amplia, bajomedieval. Los restos más antiguos conservados en su empleo son del siglo XVI, pero algunas piezas aisladas, como la aguabenditera de la cruz patada, pueden considerarse del los siglos XIII ó XIV, y contribuyen a sostener aquella atribución de antigüedad.

A partir de aquellas fechas, es posible percibir en la ermita la reiteración de campañas de trabajos para su rehabilitación y, sobre todo, su puesta a los gustos del día. En virtud de todo ello, es razonable que las etapas edificatorias que se establezcan por hipótesis sean también varias y amparadas en momentos estilísticos bien diversos.

8.1. Etapa medieval

Pertenecería a esta etapa el aguabenditera con la cruz patada, que probablemente estaría entonces en el exterior de la puerta de acceso, a su diestra. Este acceso bien podría ser una puerta, más amplia que la actual y cuya existencia se ha deducido a partir del dintel empleado en la actual.

Aquella ermita vendría a tener el mismo desarrollo en planta que la actual, un rectángulo orientado norte-sur, con una elevación más modesta, de una sola planta, probablemente cerrada mediante entablados en sus muros laterales.

8.2. Etapa Isabelina

A comienzos del siglo XVI la ermita se dotó de un coro avanzante y adquirió el volumen correspondiente al desarrollo en altura de dos plantas con el que ha llegado hasta hoy. La planta alta se cerraría con entablado vertical. La cubierta se rehizo en su nuevo nivel y disposición, empleando para ello los cabios cuyas testas se labraron en cabeza de lobo, la mayoría de los cuales han llegado hasta hoy.

La configuración que, no demasiado alterada, ha llegado hasta nuestros días sería también de entonces. Consiste en un diseño isabelino, es decir, de la transición de lo tardomedieval al primer renacimiento, cuyo modelo mejor conservado es la ermita y antigua parroquia de la Antigua de Zumárraga.

La fecha es perfectamente razonable. El final del siglo XV y la primera mitad del XVI fueron en Guipúzcoa años de bienes y de ilusiones, y todos los profesionales sabemos que se construye más y mejor cuando hay medios para ello.

Es posible, pero no seguro, que la estructura de esta cubierta fuese la actual, con una cercha entre los tramos primero y segundo y un pórtico adintelado entre los tramos segundo y tercero. A esta etapa correspondería el *zeru* en cañón escarzano que cubría el presbiterio.

8.3. Etapa barroca

El siguiente período de abundancia para Guipúzcoa, aunque menos brillante, fue el barroco del siglo XVIII. En la primera mitad de aquella centuria se hizo el retablo cuyos restos permanecen en la ermita, quizá renovando o adaptando el *zeru* ya existente.

8.4. Etapa neoclásica

Por último, y tras de salvar un período de abandono que abarcó medio siglo, en 1832 la ermita fue completamente rehabilitada y redecorada al gusto neoclásico, aunque respetando con sabio criterio el carácter jovial y fresco de su retablo.

Se modificó y trasladó la puerta desde el centro de la fachada meridional hasta el centro de la oriental, cambiando su amplitud y diseño hasta dejarla como hoy vemos. Ese cambio provocó que se renunciara al ala oriental del coro, que entraba en conflicto con la puerta. Se renovó el coro, dotándolo de un nuevo antepecho, con barrotes cuadrados de madera. El anterior disponía de tablas recortadas simulando balaustres, como los que se conservan en la escalera de acceso al coro.

Se lucieron y decoraron todos los paramentos interiores, y se repintó el retablo.

Todo ese proceso de evolución de las apariencias se llevó a cabo vigilando la economía y respetando las líneas generales de las fábricas, motivo por el que apenas ha tenido algún efecto sobre la traza, composición geométrica y sistema de proporciones del templo, excelentes en su sistemática simplicidad.

9. Epílogo

Todo lo que precede está extraído de la respuesta benevolente a una consulta formulada por un vecino de Alkiza, inquieto por la última evolución sufrida por la ermita de Santiago de su aldea. Conviene aclarar que esta ermita es un modesto edificio de apariencia aun más humilde que no ha despertado particular interés ni siquiera entre los autores dedicados a rescatar y dar a conocer los méritos y bellezas de la Provincia. Alguno de ellos, como Luis Pedro Peña Santiago, se limita a recoger la fantástica tradición de que en ella se conservase una reliquia del Santo Titular.

Excepción a esta regla, como acostumbra en todo lo que emprende, Antxón Aguirre Sorondo se ha ocupado de ella con su habitual ecuanimidad.

Y todo ello sin embargo, la ermita no carece de merecimientos. Nada más rozar su dura epidermis y empezar a mirarla con interés, ésta ha comenzado a prodigar un torrente de datos e indicaciones. Queda claro que el edificio es al menos isabelino o renacentista de comienzos del siglo XVI, y que presenta maneras y restos que pueden elevar su ya proveya edad hasta los siglos XIV o incluso XIII. Para lo habitual en Guipúzcoa, no está nada mal.

En lo estilístico, puede reclamar su fábrica del XVI de la escuela de la Antigua de Zumárraga, dejando todo lo anterior para un análisis con apoyo arqueológico que precisaría de un promotor con medios económicos que, de momento, no se avizora en el (moderado) horizonte cultural del País. La obra barroca que exhibe no podría ser más jugosa y popular.

Tampoco es éste momento para empujar en una fila que no se está formando, pues sin duda hay en Guipúzcoa otras fábricas medievales de parecida y también mayor importancia; pero será preciso que también en su caso algún ciudadano sensible se pregunte por su suerte y lugar en la Historia.

Muy recientemente, a la ermita de Santiago en Alkiza le han dado un palo que no se podría esperar ni de los infieles. La incultura es, a su manera, una especie de infidelidad; infidelidad a lo que se es, no tanto a lo se cree que se es, pero sobre todo, a lo que se ha sido. Con frecuencia, hay que soportar (mejor, en silencio) los enardecidos mensajes de quienes se proclaman enamorados del País o de la Provincia. Ocurre, sin embargo, con los territorios como con las personas, y no es arriesgado augurar un mal porvenir a aquellas que exhiben muchos amantes y pocos amigos. ¿Es posible amar lo que se desconoce? Opino que no. Cualquiera que tenga el atrevimiento de proclamar que ama algo o alguien, debe ser capaz de demostrar que, para empezar, conoce ese algo o a ese alguien.

Por supuesto, nadie está obligado a amar la ermita de Santiago, en Alkiza. ¡Faltaría más! Sólo invitamos a conocerla y a trabar amistad con ella. Con toda probabilidad, nadie resultará decepcionado. El templo conserva su interés, incluso en medio de su sobrecogedora decrepitud. Hoy permanece prudentemente clausurado, en las funciones de almacén que le permiten seguir viviendo, pero no cabe duda de que merece algo más, por edad, dignidad, ... y belleza.

Y nada más. Muchas gracias.